

CAPÍTULO XIII

Trasládanse á la casa profesa de Roma los restos mortales del Venerable P. Pignatelli. — Relacion de este traslado y carta del P. Monzon dirigidas al señor duque de Villahermosa. — Realízanse varios sucesos predichos por el Siervo de Dios. — La Compañía desterrada de Rusia. — Su entrada en Portugal. — Los Pombal y los jesuítas. — Imprímese la vida del P. José escrita por el P. Monzon. — Incóase en Roma el proceso en órden á la beatificacion del P. Pignatelli. — Obfiénense por su intercesion varias curaciones milagrosas.

1817 — 1841

El año de 1816 fue nombrado Provincial de Italia el Padre Luis Fortis; y uno de sus primeros cuidados fue tratar con el P. Perelli, que á la sazón ejercía en Italia el cargo de Vicario General, de trasladar á la casa del Jesús los cadáveres de todos los Padres y Hermanos, que habían muerto en San Pantaleon y allí estaban enterrados. Sacaron para ello autorizacion del eminentísimo cardenal de la Somaglia, Vicario de Roma; y con ella se presentaron á los cofrades del Buen Consejo, pidiéndoles que les permitiesen sacar los cadáveres de la bóveda en que estaban sepultados¹.

Opusieronse los cofrades en un principio á aquella extraccion; tanto, que en dos reuniones secretas trataron este asunto, y mostraban gran repugnancia á hacer la entrega. Así lo afirma

¹ *Process. Rom.*, fol. 1207.

Agustin Dolcibene¹ con estas palabras: «Recuerdo muy bien,» dice, «que en dos reuniones secretas se trató de la traslacion de todos los cuerpos, solicitada por los Padres de la Compañía: en estas juntas demostraron nuestros hermanos gran repugnancia á entregar aquellas reliquias de hombres insignes: y por fin, á pesar de que el caballero de Rossi, guardian de nuestra cofradía, hubiese determinado hacer una reclamacion contra aquella entrega; sin embargo, como se hubiese exhibido una orden de autoridad superior, vinieron por la tarde los Padres del Jesús, y extrajeron todos los cadáveres. Yo no me hallaba presente,» continúa, «cuando tuvo lugar este hecho; pero me consta con certeza por las memorias de la cofradía.»

Trasladáronse, pues, las reliquias del venerable Siervo de Dios juntamente con las de sus hermanos enterrados en San Pantaleon: y aquellos sencillos moradores de las cercanías del Buen Consejo, experimentaron vivísima pena al verse desposeídos de la presencia de aquel rico tesoro del cuerpo de su amado P. Pignatelli, de quien habían recibido tantas demostraciones de paternal amor. Así lo testifica el mismo Dolcibene en el folio siguiente.

Se sabe por el P. Juan Antonio Grassi, que, al trasladarse el venerable depósito, se hallaron presentes al lugar de la sepultura los PP. Perelli, Vicario General, Luis Fortis, Provincial, y Mannucci, procurador, y además varios Padres españoles, y dos italianos Luis Rezzi y Luis Pancaldi². Este último da los siguientes pormenores del lugar en que se colocaron los restos del P. Pignatelli en la iglesia del Jesús. «Fue,» dice³, «sepultado delante de la pilastra de la cúpula al lado de la epístola, que mira de una parte hacia el altar de San Francisco Javier, y de la otra hacia el altar mayor, y detrás del pilar y de la capilla de San Francisco de Asís.» Respecto del vaso ó nicho,

¹ *Process. Rom.*, fol. 1222.

² *Ibid.*, fol. 966.

³ *Ibid.*, fol. 892.

en que se le encerró, no está seguro si fue el vecino al del Padre General Tirso González, ó el del pavimento, no lejos del abate Dionisi, que fue el primer presidente del convictorio del Jesús¹.

Al fin de la vida del Siervo de Dios, compuesta en castellano por el mismo P. Monzon, de la cual se envió copia al señor duque de Villahermosa, se halla un relato de esta traslacion del cadáver del Venerable P. José, que copio aquí con sus mismas palabras. Dice así:

«En la iglesia de nuestra Señora del Buen consejo á los Montes estaban sepultados doce cadáveres, entre sacerdotes y legos de la Compañía de Jesús; los que fallecieron en los años anteriores á la gloriosa repristinacion [restauracion] de dicha Compañía, y posteriores á la expulsion de la misma de Nápoles, que acaeció en tiempo de la invasion francesa. Entre los demás cadáveres existía aquel [el] del P. Joseph Piñateli, religioso bastantemente conocido por la nobleza de su familia, por sus talentos, pero más celebrado por sus heroicas religiosas virtudes y por la fama de las gracias extraordinarias, que por su medio dicen obró Dios ántes y después de su muerte.»

«El muy Rev. P. Perelli, Vicario General de la susodicha Compañía, estimó por conveniente y preciso recuperar dichos cadáveres: y aunque encontrase muy fuertes oposiciones para ello; sin embargo pudo disiparlas recurriendo al trono de Su Santidad, que en el día 30 de Setiembre de este año de 1817 dio un decreto, con el cual se concedió la gracia que dicho Padre Perelli solicitaba, remitiéndolo para la ejecucion al Illmo. y Revmo. Monseñor Frattini, vice-gerente de Roma.»

«En la noche del 18 de Noviembre se trasladaron los cadáveres, acompañados del párroco y algunos individuos de la Compañía. Todos los religiosos con hachas y velas encendidas los recibieron: y colocados en la congregacion de la Buena Muerte en el Jesús, les rezaron las sólitas preces, á las que asistió tambien el citado Monseñor Vice-gerente.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 893.

«Pareció oportuno al P. Vicario General hacer una demostración de piedad pública y distinguida, mandando que con solemnes exequias se celebrase el aniversario fúnebre el día 20 del mismo mes. No pudiendo la comunidad profesa corresponder á este deseo, mientras vive de limosna, según el Instituto que profesa, acudieron inmediatamente los religiosos y devotos, y reunieron fondos para ejecutar tan justa y conveniente disposición.»

«La iglesia se colgó de luto con un magnífico catafalco en el medio, adornado con mucha seda. Por la mañana todos los religiosos no sacerdotes comulgaron. Se celebraron gran número de misas. Á la hora prefija todos los individuos de la Compañía de Roma rezaron el oficio de difuntos en el Jesús. Después hizo pontifical el predicho Monseñor Vice-gerente.»

«Hubo dos selectos y muy numerosos coros, uno de instrumentos, y otro de voces: y se ejecutó música del celeberrimo Cimarosa. Se concluyó la sagrada función con la absolución y acostumbradas preces con satisfacción general del numerosísimo pueblo que concurrió.»

«El cuerpo del P. Piñateli, cerrado en una caja y sellado con los sellos de la Compañía, fue colocado en sitio separado, en donde se sepultan los Generales de la Compañía.» Hasta aquí la relación.

Del acto que en ella se describe, dio conocimiento el Padre Monzon al señor duque de Villahermosa en carta de 1.º de Marzo del año siguiente, que dice así: «Roma, 1.º de Marzo de 1818. — Excmo. Señor: — Gózome del gozo espiritual que V. E. ha experimentado leyendo los ejemplos de virtud, que nos dejó nuestro buen Padre Joseph.»

«Si V. E. le hubiese visto y tratado con él, cuánto mayor hubiera sido el sentimiento de su espíritu, viendo con sus propios ojos aquel perfecto dechado de todas las virtudes. Si advierte y considera lo que dije á V. E. en la otra mía, ya habrá conocido que el modo, con que está escrita la vida, no es conforme á las reglas de lengua, de expresión, de frase, ni aun de

historia: por lo que quien ponga la mano en corregirla, puede tomar el nombre de autor como cosa suya, y de mí no hacer mención alguna.»

«Carta de su excelentísima madre no quedó ninguna: pues el Padre no acostumbraba conservarlas, como me ha asegurado el Hermano [Grassi], que le fue compañero por muchos años hasta la muerte. Á estas, que faltan, pudieran suplir las respuestas del Padre, si ahí se conservan; que darían mucha luz para el fin que con mucha razón se pretende.»

«Ya habrá sabido V. E. cómo el cuerpo del Padre se trasportó de la iglesia de la Virgen del Buen Consejo, en donde se enterró, á esta nuestra iglesia del Jesús. Se trajeron con él los cuerpos de todos los Nuestros, que murieron en la casa de San Pantaleon. Se hizo á todos, pero por respeto especialmente al P. Joseph, un magnífico funeral con misa cantada, que cantó en pontifical un obispo, con particular y exquisita música, con asistencia de los sujetos de las dos casas, que aquí tenemos. Se depositó después el cadáver del Padre en el sepulcro de los Generales: y queda grabada su memoria á lo defuera del nicho en que está, en una lámina de plomo. Esta traslación se debe describir en la vida. Más abajo notaré algunas cosas, que también se pueden añadir.»

«Por lo demás, me gozo sumamente de las bendiciones que Dios echa sobre la persona de V. E. y su familia. Que el Señor las continúe y las aumente *in mille millium* para su mayor gloria.»

«Con humillar mis más rendidos obsequios á S. E. su dignísima compañera, me declaro con el afecto más sincero de todo mi ánimo — De V. E. — Humilde y rendido Siervo — AGUSTIN MONZON, de la Compañía de Jesús. — Excmo. señor duque de Villahermosa¹.»

¹ Hállase esta carta inmediatamente después de la relación del traslado de las reliquias en la mencionada vida del P. Monzon. Ambos documentos me los ha proporcionado el P. Juan José Urráburu, rector del colegio de Oña.

Por este mismo tiempo se verificó una profecía del Venerable Siervo de Dios en la persona del tantas veces mencionado P. Luis Panizzoni, referente al término de su vida. Referiré el vaticinio y su cumplimiento con las mismas palabras con que los depone el H. Santiago Annoni en los procesos.

«Un día,» dice, «yendo yo por Roma con el P. Panizzoni, le oí prorumpir con admirable sencillez en estas palabras: «Por este año, seguro que no me muero; porque mi P. Pignatelli me dijo que vería tres sucesores míos en el cargo de Provincial.» Yo no me volví á acordar de semejante cosa; pero á la muerte del P. Panizzoni vi que se había cumplido la profecía; pues murió cabalmente cuando hubo visto su tercer sucesor en dicho cargo. El primero fue el P. Juan Perelli; el segundo, el Padre Barilla; y el tercero, el P. Luis Fortis, en cuyo provincialato murió el P. Panizzoni¹.» Hasta aquí el dicho Hermano.

En el año de 1820 se verificaron otras varias profecías del Venerable. Cuando este se hallaba en Colorno, predijo al Padre Luis Fortis, según allí vimos, que había de ser elegido General; y en Nápoles le recomendó, que cuando lo fuese, mirase de un modo especial por la conservacion de la pobreza. El 5 de Febrero de este año de 1820 murió en Rusia el P. General Tadeo Brzozowski; quien nombró Vicario General al P. Mariano Petrucci, rector del noviciado de Génova; y este fijó la Congregacion General para el 4 de Noviembre².

Surgieron algunas dificultades para reunirse la congregacion; y tratóse por algunos cardenales que no se eligiera General, sino que con facultades de tal gobernara la Compañía el Vicario P. Petrucci. No parecía bien á la mayor parte de los Padres esta solucion; y por fin resolvió el Sumo Pontífice, que se congregara la Compañía y eligiera su General conforme prescriben las constituciones. La eleccion, hecha en 6 de Diciembre, recayó

¹ *Summar. Introd. Causæ*, núm. 19, pág. 252.

² Perteneció á la antigua Provincia Romana. Nació en 23 de Marzo de 1748, y entró en la Compañía en 31 de Octubre de 1762.

en el P. Luis Fortis: con lo cual tuvo exacto cumplimiento la prediccion del P. Pignatelli.

Faltaba por cumplir la otra que le hizo en Nápoles al mismo Padre, cuando, encontrándose los dos en una escalera, le dijo el P. Pignatelli las palabras siguientes: «Vos os hallaréis en Roma en una Congregacion General, y podréis dar vuestro voto: tened mucho cuidado de ser fuerte (*Fortis*) en no admitir la costumbre de que tengan los Nuestros dinero á su disposicion, ni aun en depósito; sino que esté á la libre disposicion del General, para aplicarlo al colegio que él tenga por bien¹.»

Debatióse esta cuestion en una de las sesiones; y el P. Fortis defendió con tal vehemencia el partido de la pobreza, que debió de causar admiracion á los presentes, como se deduce de las palabras que inmediatamente dijo al P. Vicente Pavani, uno de los congregados, el cual dice así²: «En seguida el mismo Padre Fortis me dijo, como en secreto, estas palabras: «Sepa que he clamado tan recio y con tanta resolucion, porque sentí un fuerte golpe ó palmada en las espaldas, que me trajo á la memoria lo que me había recomendado el P. Pignatelli.»

Otro hecho tuvo lugar al celebrarse esta Congregacion General, que puede considerarse como cumplimiento de otro vaticinio del Venerable Siervo de Dios, según que se desprende de las circunstancias del suceso. D. Luis Pancaldi había sido novicio del P. Pignatelli en Nápoles; y después que la Compañía fue expulsada de aquel reino en 1806, vino con el mismo Padre á Roma. De aquí pasó á Orvieto, en cuyo colegio estudió cuatro años; y en 1810 volvió á Roma, en donde vivió con el P. José hasta que murió este.

El suceso á que aludo, lo cuenta el mismo Pancaldi con las siguientes palabras³: «Preguntéle [al P. Pignatelli] muchas veces si sabría decirme si yo había de perseverar en la Compañía ó no:

¹ *Process. Rom.*, fol. 731.

² *Ibid.*, fol. 732.

³ *Ibid.*, fol. 888.

y jamás quiso darme una respuesta categórica. Las últimas palabras que me dijo, fueron: «El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies su evangelio. Amen¹.» Y es un hecho notorio,» continúa, «que fuera de todo cálculo humano, á pesar de mi fanatismo (*sic*) por la Compañía, después de casi diez y seis años de permanecer en ella, solo por haber formado parte, juntamente con el abate Rezzi, de la consulta de la congregación, instituida por Pío VII, de los cardenales de la Genga, Pacca y Galesti, para dirigir la elección del General; habiéndose levantado un partido que quería desentenderse de esta congregación y elegirlo con toda independencia, tuvimos que ceder; y yo y Rezzi, por el nuevo orden de cosas gubernativas, tuvimos que salir [de la Compañía].»

Esta desgracia de Pancaldi debió de haberla previsto el Padre Pignatelli ya desde la primera vez que fue por él preguntado de su perseverancia en la Compañía. Y aun sospecho que previó otra circunstancia: y es, que Pancaldi no llegaría al sacerdocio, sino que se quedaría diácono, como sucedió: y esto lo deduzco de las palabras arriba citadas, que asegura Pancaldi ser las postreras con que le respondió, y son precisamente las de la fórmula con que bendice el celebrante al diácono al ir este á cantar (esto es, á anunciar) el evangelio.

Hemos hablado de la muerte del P. General, ocurrida poco después del principio de la persecución contra la Compañía en Rusia: veamos el triste desenlace que ella tuvo. Las postreras palabras proferidas por el P. Brzozowski ántes de espirar, fueron un triste preñuncio, que no tardó en realizarse. «Yo voy á morir,» dijo; «vosotros seréis arrojados de Rusia².» Con su muerte cayó en efecto el último sosten de la Compañía en aquel imperio; y al bajar él á la tumba, se trató de ejecutar el destierro de todos los Padres, determinado ya en 1815, y suspendido hasta ahora.

¹ *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut annunties evangelium suum. Amen.*

² P. ZALENSKI, Tomo II, Lib. VI, Cap. III.

El Provincial de la Rusia Blanca debía pasar á Roma con dos compañeros para asistir á la Congregación General, en que debía elegirse un nuevo Superior para toda la Compañía. En vista de esto, presentó al Czar una súplica pidiéndole el pasaporte para Italia. El metropolitano Siestrzencewicz y el príncipe Galitzin aprovecharon esta ocasión para dar el último golpe contra la Compañía. El primero se valió del sofisma de que «era peligroso para el estado, que la cabeza de la Compañía residiese fuera de Rusia.»

Galitzin apoyó con este dicho un documento que ya tenía preparado, y que no era sino una artificiosa exposición de las razones alegadas en el Breve *Dominus ac Redemptor* abolitivo de la Compañía, á las que añadió alguna otra que debía hacer fuerza al emperador. En un convite presentó al Czar su documento, y obtuvo el úkase de expulsión. Verificóse esta en todas las casas simultáneamente el miércoles de la semana santa, día 24 de Marzo de 1820, once días después de firmado el decreto, en virtud del cual los 358 jesuitas, que formaban la Provincia de la Rusia Blanca, tomaron el camino del destierro; casi todos ellos se encaminaron á Italia y á los otros países meridionales por la frontera de Austria.

«Alejandro,» dice el P. Zalenski¹, «hizo todo esto por fuerza: pues esta expulsión contrariaba sus ideas de igualdad y unidad de las creencias cristianas. Ni lo hizo sin luchar consigo mismo; y suavizó, cuanto le fue posible, la suerte de los religiosos expulsados.» Parece que fue católico de corazón, aunque oculto; y que dio pasos para hacer pública su conversión, y aun para reunir la iglesia rusa á la romana².

«Al recibirse,» dice Créteineau Joly³, «el úkase que rompía para siempre los lazos existentes después de dos siglos entre los católicos de la Rusia Blanca y la Compañía de Jesús, la conster-

¹ Lugar citado. Véase al P. CARAYON, Tomo XX, págs. 235 y 263.

² *Civiltà Cattolica*, 27 de Abril de 1876.

³ *Hist. de la Comp. de Jesús*, Tomo V, Capítulo XXXVIII.

nacion fue general: todos los habitantes salían del fondo de sus cabañas con los ojos arrasados en lágrimas, á fin de ver por última vez á aquellos, que con tanta frecuencia llevaron la resignacion y el consuelo á los católicos.»

Pasemos á referir algunos sucesos que más adelante se verificaron en el mediodía de Europa. Portugal, ya que había sido la primera nacion, que á mediados del siglo XVIII desterró de su seno á la Compañía, al fin admitiéndola de nuevo en él con la ocasion que voy á decir. D. Antonio Saraiba, jóven portugués, agregado á la embajada de Inglaterra, viajando por Francia poco después que el desdichado Carlos X hubo firmado en 1828 el decreto que cerró los colegios de la Compañía, concibió el proyecto de ofrecer á su patria los maestros que Francia desechaba. Escribiólo al primer ministro en Lisboa, duque de Cadaval; quien trabajó eficazmente para realizar el plan propuesto por Saraiba. En Marzo del año siguiente de 1829 partieron para Lisboa tres Padres franceses y un Hermano; y en 10 de Julio próximo el rey D. Miguel expidió un decreto, en que restauraba oficialmente la Compañía en su reino de Portugal.

El decreto decía así: «Considerando el grave perjuicio que padecen la educacion cristiana y la civilizacion en los dominios de estos reinos por falta de ministros evangélicos, y deseando impedir males de tal naturaleza, que la duracion haría irremediables; teniendo siempre en vista el bien de la cristiandad, y por este medio la felicidad de mis fieles súbditos: he resuelto llamar á este fin á la Compañía, y permitir que se establezca de nuevo.»

Acogió el rey á los Padres con demostraciones de singular afecto; y otro tanto hizo toda la real familia y la nobleza, especialmente el marqués de Pombal y su hermana la condesa de Oliveira. Esta señora, en cuanto supo la llegada de los jesuítas, fue á visitarlos, expresóles su sentimiento por la persecucion suscitada por su abuelo, echóse á sus pies pidiéndoles la bendicion, y les suplicó que le admitieran á sus hijos en el primer colegio que abriesen. Á principios de 1832 mandó el rey se en-

tregara á los Padres su antigua universidad de Coímbra, que se había convertido en Real colegio de Artes.

Fueron á tomar posesion de él los Padres. Al pasar por la villa de Pombal, se les recibió con repique de campanas. El Superior, el P. Delvaux, dirigióse á la iglesia de San Francisco, con intento de orar por el marqués D. Sebastian Carvallo en su mismo sepulcro. El cadáver del infeliz ministro hacia más de medio siglo que carecía de sepultura. Junto al altar mayor veíase un ataúd cubierto con un miserable paño mortuario. «Este es el marqués,» le dijo el P. Guardian.

«Con toda verdad puedo decir,» escribía el P. Delvaux, «que el primer paso de la Compañía, al volver solemnemente á Coímbra, ha sido celebrar una misa de difuntos de cuerpo presente por el alma de su perseguidor, en el mismo lugar donde pasó este los últimos años de su vida, desgraciado, desterrado y condenado á muerte. ¡Qué reunion de circunstancias! Salí de Pombal sin poder persuadirme si aquello era sueño ó realidad: el ataúd á la vista, el nombre de Sebastian pronunciado en la oracion, el tañido de todas las campanas que celebraban la vuelta de la Compañía, y otras muchas circunstancias juntas..... No creo que se borre jamás de mi memoria esta impresion¹.»

Peró volvamos á nuestro P. Pignatelli, á quien dio un testimonio de particular veneracion la Provincia de Roma, congregada en Setiembre de 1832, como atestigua el P. Juan Bautista Pianciani² por estas palabras: «La congregacion de la Provincia de Roma en Setiembre de 1832 presentó un postulado dirigido á que se recogiesen y publicasen las memorias de todos los Nuestros, que se hubiesen distinguido por su virtud, y en especial del P. Pignatelli, que fue el único de quien se hizo especial

¹ El restablecimiento de la Compañía en Portugal fue cosa efímera. Encendióse la guerra civil entre el rey D. Miguel y su hermano don Pedro en nombre de su hija D.^a María de la Gloria: venció D. Pedro, ayudado de todos los revolucionarios; y en 28 de Mayo de 1834 fueron suprimidos los jesuítas, y abandonaron aquel reino.

² *Process. Rom.*, fol. 1056.